

están en venta, y que la cuestión estriba sólo en el precio. Desgraciadamente no soy bastante rico para compraros: valéis mucho más de un thaler, pero permitidme que os dé un buen consejo. Al volver al castillo, repetid al conde Kostia ciertas ideas que he dejado escapar de mis labios en vuestra presencia. Os lo agradeceré infinito. Tal vez os nombre su espía en jefe, y sin hacerse de rogar, os doblará el sueldo. No hay negocio más provechoso que encender cirios al diablo, y en eso haréis maravillas como cualquier otro.

Dicho esto, saludó á Gilberto y se alejó á trote largo.

— ¡El diablo! ¡El diablo! no habla más que del diablo! — se decía Gilberto encaminándose al castillo. Y añadía: — ¡Pobre Gilberto! estás condenado á pasar algunos años de tu vida entre un tirano que es amable á ratos, y una víctima que no lo es nunca!



## VI

EN el momento en que Gilberto entró en el castillo de regreso de su excursión, M. Leminof se paseaba por la terraza. Divisó desde lejos á su secretario y le hizo seña para que fuera á reunirse con él. Dieron juntos algunas vueltas á lo largo del parapeto, y mientras se paseaban, Gilberto estudiaba al padre de Esteban con mucha mayor atención todavía que antes; lo que le impresionaba sobre todo, eran aquellos ojos de color gris mal definido, cuyas miradas vagas, volubles, indescifrables, llegaban á ser en algunos momentos frías, abrumadoras, pesadas como el plomo. Por lo demás, nunca había estado M. Leminof tan amable con su secretario; le hablaba con acento jovial y le miraba con simpática bondad. Un cuarto de hora iba transcurrido en su conversación cuando el tañido de la campana les avisó que la comida estaba servida. El conde Kostia condujo á Gilberto al comedor. Era éste una inmensa habitación abovedada con artonados de encina negra, que recibía la luz por tres ventanitas ojivales que daban á la terraza. Los arcos del techo estaban decorados con antiguos frescos apocalípticos que el tiempo había deteriorado. En el

centro se veía el Cordero con siete cuernos, sentado en un trono; en derredor agrupábanse los veinte y cuatro ancianos vestidos de blanco. En la parte inferior de las pechinas, hallábanse las pinturas en un estado tan deplorable que era imposible reconocer lo que significaban. Se veían acá y allá alas de ángeles, trompetas, brazos sin manos, bustos cuyas cabezas habían desaparecido, coronas, estrellas, crines de caballo y colas de dragón. Aquellos tristes restos formaban geroglíficos misteriosos y amenazadores. ¡Extraña decoración para un refectorio!

Á aquella hora del día, por las tres ventanas ojivales penetraba una luz opaca y escasa; por lo tanto se había suplido la falta de claridad con tres lámparas de bronce suspendidas del techo por cadenas de hierro, y cuya brillante llama conseguía con dificultad esparcir la luz por todo el ámbito de aquella cavernosa estancia. Debajo de las tres lámparas estaba colocada una larga mesa en la que cabían cómodamente veinte personas; en uno de sus ángulos, había tres cubiertos y tres sillas de cuero dispuestas en semicírculo; al otro extremo un solo y único cubierto correspondía á un sencillo taburete de madera. El conde se sentó é indicó á Gilberto que hiciese lo propio á su derecha; luégo, desdoblado la servilleta, dijo secamente á un corpulento ayuda de cámara alemán:

—¿En qué consiste que mi hijo y el padre Alejo no están presentes? Id á buscarlos.

Algunos momentos después se abrió la puerta y apareció Esteban. Atravesó la sala con los ojos bajos, y, haciendo una inclinación, tocó ligeramente con sus labios la larga y seca mano que su padre le presentaba sin mirarle. Esta prueba de deferencia filial debía serle muy costosa, porque sintió aquel estremecimiento nervioso que le aquejaba cuando experimentaba emociones fuertes. Gilberto no pudo menos de decir para sí:

—Bien vengados quedan los serafines y los apóstoles de la humillación que les habéis infligido.

Parecía que el joven adivinaba el pensamiento de Gilberto, porque levantando la cabeza, le lanzó una mirada feroz; luégo se sentó á la izquierda de su padre y permaneció inmóvil como una estatua, con los ojos fijos en el plato.

En tanto, el llamado padre Alejo no comparecía, y el conde impaciente, soltando de golpe la servilleta sobre la mesa, se levantó á buscarle; pero en el mismo instante, se abrió la puerta y Gilberto vió aparecer un rostro barbudo que expresaba turbación y miedo. Sofocado y jadeante, el capellán dirigió hacia su amo y señor una mirada escrutadora. Del rostro del conde dirigió su vista al taburete vacío; es de presumir que hubiera dado con gusto su dedo meñique á trueque de poderse deslizar sin ser visto hasta su poco comfortable asiento.

—Padre Alejo, con vuestros eternos mamarrachos os distraéis demasiado! — exclamó Leminof volviendo á sentarse.—Ya sabéis que no me gusta esperar. Profeso indudablemente apasionada admiración por las burlescas obras maestras con que decoráis las paredes de mi capilla; pero no puedo sufrir que se me falte, y os ruego que no sacrificuéis otra vez los miramientos que me debéis á vuestra necia pasión por la pintura de brocha gorda; ó de lo contrario el día menos pensado enterraré vuestros sublimes chafarrinones bajo una triple capa de cal.

Esta reprimenda pronunciada con voz tonante, produjo en el padre Alejo la más dolorosa impresión. Su primer movimiento fué levantar los ojos y los brazos al techo. Tomaba por testigos á los veinte y cuatro ancianos.

—¡Ya lo oís! — les decía. — El profano osa calificar de mamarrachos los incomparables frescos que transmitirán el nombre del padre Alejo hasta la más remota posteridad!

Pero bien pronto el terror reemplazó á la indignación en el corazón del pobre hombre. Dejó caer sus brazos, y encorvándose hacia el suelo, escondió la cabeza entre los

hombros y se esforzó en achicarse como asustada tortuga escondiéndose en su concha, y temiendo todavía no tener bastante espacio en ella.

— ¡Y bien! ¿qué significan esas gesticulaciones? ¿Pre-tendéis hacernos esperar vuestro *benedicite* hasta mañana?

El conde pronunció estas palabras con tanta dureza como un cabo manda á los reclutas la carga en doce tiempos. El padre Alejo dió un salto como si le hubieran largado un latigazo en los riñones, y en su turbación, lanzándose hacia su taburete, tropezó violentamente contra el ángulo de un aparador esculpido; este terrible choque le arrancó un grito de dolor, pero no pudo amortiguar el ímpetu, y fro-tándose el muslo, se sentó precipitadamente, balbuceó con acento gangoso y voz poco inteligible un largo *bene-dicite* deprisa y corriendo, y después de haber hecho todos la señal de la cruz, se sirvió la comida.

— ¡Qué extraño papel representa aquí la religión! — se decía Gilberto, llevando la cuchara á la boca. — ¡No se atre-ven á comer antes de que bendiga la sopa, y, sin embargo, la relegan al extremo de la mesa, como un leproso cuyo contacto impuro temieran!

Durante la primera parte de la comida, la atención de Gilberto se concentró en el padre Alejo. La figura de aquel sacerdote excitaba su curiosidad. Á primera vista, parecía impresa en él cierta majestad que realzaban su ropaje negro de anchos pliegues y el crucifijo de oro sobre su pecho. El padre Alejo tenía la frente ancha y despejada; su gran nariz muy aguileña daba á su fisonomía cierto carácter de mago; coronaban los negros y rasgados ojos, bien arquea-das cejas, y su larga barba algo gris, armonizaba con las mejillas de pálido matiz y surcadas por venerables arrugas. Mirado con calma, aquel rostro tenía un carácter de belleza austera é imponente. Si se hubiese contemplado al padre Alejo durante su sueño, fácil hubiera sido confundirle con un santo anacoreta recientemente salido de su Tebaida, ó me-

por dicho, con una especie de San Juan contemplando con los ojos cerrados, desde lo alto de la roca de Pathmos, las sublimes visiones del Apocalipsis; pero tan luego como el



rostro del buen hombre se animaba, desaparecía el encan-to. Era simplemente aquel rostro una máscara expresiva, movible, á veces grotesca, donde se pintaban las impresio-nes fugitivas y superficiales de un alma dulce, inocente y bo-nachona, pero sin elevación y sin ideal. En cuanto se des-vanecía la figura del monje, del anacoreta, no quedaba en

realidad más que un niño de sesenta años, cuya fisonomía, inquieta y risueña, de vez en cuando, sólo expresaba pueriles preocupaciones, ó alegrías más pueriles aún. Esta transformación era tan rápida, que se asemejaba á un verdadero juego de escamoteo. Se buscaba á San Juan y no se le encontraba, y daban tentaciones de exclamar: «Oh padre Alejo, ¿qué se ha hecho de vos? El alma que se refleja actualmente en vuestro semblante, no es la vuestra.»

El padre Alejo era un excelente sujeto; por desgracia sentíase harto inclinado á los placeres de la mesa. También podía echársele en cara una dosis bastante regular de vanidad; pero su amor propio era tan cándido, que hubiera alcanzado gracia ante los jueces más rigurosos. El pobre hombre había conseguido persuadirse á sí mismo de que era un gran artista, y esta presunción causaba su felicidad. Lo cierto es que manejaba la brocha y el pincel con notable destreza, y que le bastaban algunas horas para ejecutar una pintura al fresco de cuatro ó cinco piés cuadrados. Las doctrinas del monte Athos, que había visitado en su juventud, no tenían secretos para él; la estética bizantina se había infiltrado en su carne y en sus huesos: sabía de memoria la famosa *Guía de la Pintura*, redactada por el monje Dionisio y su discípulo Cirilo de Kio. En una palabra, conocía á fondo todas las reglas, mediante las cuales se hacen obras de genio, y á fuerza de ayudarse con el compás, pintaba de memoria imágenes de santos bastante parecidos á ciertas figuras que se destacan sobre fondo dorado en los conventos de Lavra y de Iverón. Sólo una cosa apenaba y mortificaba al padre Alejo, y era que el conde Kostia Petrovitch se resistiese á creer en su genio; en desquite le consolaba un poco que el buen Iván manifestase por sus obras declarada admiración; así es que le agradaba conversar sobre el arte y la pintura con este piadoso adorador de su talento.

—Mira, hijo mío—le decía á veces, enseñándole y leván-

tando, muy grave, el dedo pulgar, el índice y el anular de su mano derecha—¿ves estos tres dedos? basta pronunciar una palabra, y saldrán de ellos San Jorge, San Miguel, San Nicolás, los patriarcas de la antigua alianza, los apóstoles de la ley nueva, y el mismo Dios con toda su sacra familia!

Dicho esto le daba á besar la mano, lo cual practicaba el buen siervo con humilde veneración.

Sin embargo, si el conde Kostia se complacía con manifiesta crueldad en calificar de marmarrachos las pinturas del padre Alejo, no era tan cruel que le impidiese cultivar su querido arte; hasta había llegado á conceder últimamente á este discípulo del gran Panaclinos, fundador de la escuela bizantina, un favor inesperado por el cual el buen padre ha-



había ofrecido guardarle eterno reconocimiento. Una de las alas del castillo de Geierfels contenía una capilla, bastante espaciosa, que el conde había apropiado á los usos del culto griego; un día, cediendo á las instancias reiteradas del padre Alejo, le autorizó á cubrir las paredes y la bóveda de *marmarrachos*, como decía. El padre puso en seguida manos á la obra. Esta gran empresa absorbía la mitad á lo menos de sus pensamientos; consagraba á ella muchas horas del día y por la noche veía en sueños grandes patriarcas de oro y azul que se inclinaban hacia él y le decían:

«Querido Alejo, nos recomendamos á tu buena voluntad; que tu genio perpetúe nuestra gloria en el universo....»

En una palabra, el padre Alejo estaba tan encantado con sus frescos, que ocupado en contemplar la blanca barba de un Noé colosal que había pintado la víspera, no había oído sonar la campana que llamaba á comer. Así se devoran mutuamente nuestras pasiones y con frecuencia las pequeñas se comen á las grandes.

M. Leminof al principio permaneció silencioso. Tal vez quería dar tiempo á Gilberto para que observara; pero cuando hubieron retirado la sopa, rompió el silencio y entabló una conversación animada con su secretario. Como poco antes en la terraza, le hablaba con más afecto que de costumbre. Las inflexiones cariñosas de su voz, las miradas benévolas con que las acompañaba, la curiosidad simpática que mostraba al interrogarle, la atención que prestaba á sus respuestas, todo atestiguaba la gran estima en que le tenía. Sin duda alguna obedecía este proceder á una intención preconcebida, y Esteban y el padre Alejo podían darse por debidamente avisados de que el recién venido era un sér aparte, un personaje importante, llamado á cierta privanza, una especie de primer ministro cuyo poder oculto era temible. El aviso fué comprendido. El padre Alejo, por muy ocupado que estuviera con lo que tenía en el plato, no dejó de dirigir á Gilberto á hurtadillas, más de una ojeada investigadora. No recordaba que en ningún tiempo el conde Kostia hubiese tributado á otro sér humano iguales consideraciones. Verdad es que el conde prodigaba siempre las más vivas atenciones á su mono, llamado Solón, encantador tití, pésimamente criado y cuyas travesuras todos aplaudían; pero en los cuidados que le prestaba, el matiz de respeto era menos visible. Así lo echó de ver el padre Alejo con motivada sorpresa; por lo cual miraba con los ojos muy abiertos á aquel curioso animal que amenazaba suplantar á

Solón. Por su parte, Gilberto observaba á Esteban: sentía que por momentos iba agrandándose el abismo que entre los dos mediaba; pero no advirtió nada, su mirada era inmóvil y sin expresión.

La conversación recayó por fin sobre las varias cuestiones que el conde se complacía en debatir cada día con su secretario. Hablaron del Bajo-Imperio, que M. Leminof miraba como la edad más próspera y gloriosa de la humanidad. Era poco aficionado á Pericles, á César, á Augusto y á Napoleón; opinaba que el arte de reinar no había sido comprendido más que por los Justinianos y los Alejos Commeno. Y como Gilberto, en nombre de la dignidad humana, protestara vivamente contra esta tesis:

—¡Alto ahí!—le dijo.—¡Nada de palabras retumbantes ni declamaciones! Escuchadme. Esos faisanes están buenos. Mirad cómo se regala con ellos el padre Alejo. ¿Á quién se debe ese olorcillo que le encanta? Á la alta sabiduría de mi cocinero, que les ha dejado el tiempo necesario para ponerse en sazón. Nos los ha servido á punto. Algunos días antes, hubieran estado duros, algunos días después, estarían pasados y llenos de gusanos.... Con las sociedades, querido amigo, ocurre lo mismo que con la caza. El momento oportuno para ellas es cuando se hallan en vía de descomposición. En su juventud, tienen la dureza de la barbarie: en cambio, hay cierto grado de descomposición que compromete su existencia. ¡Pues bien! Bizancio poseía el arte de adobar las almas y mantenerlas en sazón. Por desgracia se llevó ese secreto á la tumba.

Después se puso á declamar contra la caballería y la revolución, que consideraba como dos variaciones compuestas sobre el mismo tema.

—Godofredo de Bouillon—añadía—es el tatarabuelo de Robespierre. Aquél decía, blandiendo la espada: «Mi corazón y Dios lo quieren!» Y éste exclamaba, mirando al cielo de reojo: «¡La virtud por objeto y el terror por medio!...» Ambas divisas no forman más que una. Son en

resumen fórmulas de la abstracción, proclamada soberana del universo; frases del primer loco advenedizo que se arroga el derecho de arreglar el mundo á su guisa; tiranía nueva, sin precedente, la tiranía de las buenas intenciones; ¡mirad lo que con el tiempo han hecho del Occidente las buenas intenciones!

—Mucho habría que contestar á esto—replicó Gilberto.

—No discutamos, querido Gilberto—prosiguió—y observad conmigo que la caballería cuyo objeto ostensible era someter todos los negocios humanos á la decisión de ese tribunal revolucionario que se llama corazón, debía profesar el mayor respeto á esa mitad del género humano que representa al natural las debilidades, los caprichos, las locuras del sentimiento. No lo echó en olvido. Rebelde á las lecciones que le daba la sabiduría de Bizancio, en lugar de sepultar á la mujer en las sombras del gineceo, la colocó en un trono. ¡Cuántos desórdenes no ha engendrado en la sociedad esa absurda idolatría!

—¡Oh! por de pronto—exclamó Gilberto—esa es una tesis que no admitiré jamás!

—Vamos, sed sincero—replicó el conde Kostia.—Estamos entre hombres, podemos hablar sin dificultad y cantar la verdad á esas señoras. Olvidad por un momento los principios de fatua galantería que nos ha legado el romanticismo de la Edad Media, y que la revolución ha erigido de nuevo sobre un pedestal. ¡Negaréis que la mujer sea un sér inferior, incapaz de ilación en sus ideas, ávida de emociones dramáticas, siempre en lucha con el buen sentido, pronta siempre á sacrificar los intereses generales á sus pasiones? ¡Dios poderoso! Consiento en perdonarle sus desatinos. No es responsable de ellos. Cruel fatalidad pesa sobre la mujer. El error y la desgracia están en que desde el punto de vista de la naturaleza, atenta á perpetuar la especie, la mujer, que no es más que un medio, no puede prescindir de considerarse á sí misma como un fin. Me acuerdo de una pobre galguilla que empleaban en

dar vueltas al asador y que no podía persuadirse de que el asado no fuese para ella. Cada día sufría una nueva decepción, y no debo ocultar que el asado corrió peligro más de una vez. Pues bien, bueno sería que el asado, quiero decir la sociedad, tomara sus precauciones contra los apetitos de felicidad de ese sér á la vez débil y violento, que es incapaz de comprender su verdadera misión. Y no sé encontrar otro medio mejor que la cautividad del gineceo bizantino ó del harem musulmán, para recordar á las hijas de Eva que no tienen derecho á vivir por su propia cuenta.

M. Leminof desenvolvió este bello sistema con mucha verbosidad y animación. Gilberto consideraba este lenguaje medianamente respetuoso para la memoria de Madame Leminof, y mirando á Esteban, decía entre sí al conde Kostia: «—Bonita instrucción le estáis dando!» Pero Esteban parecía no oír nada; hacia rato que había dejado de comer, y con el rostro impasible, miraba fijamente un plato vacío.

—Lo chistoso es—continuó M. Leminof, terminando su peroración—que las mujeres agradecen muy poco á la sociedad sus absurdas complacencias, con respecto á ellas. Á creerlas, gimen bajo un yugo intolerable. Esas extrañas criaturas tienen tal sed de dominación, que quisieran tratar á baqueta al sol, á la luna y á las estrellas, y para colmo de extravagancia hay pretendidos amigos del progreso que apoyan sus aspiraciones! Esos mismos innovadores son los que piden la supresión de las cuarentenas, porque la manumisión de la mujer y la emancipación de la peste, son dos cuestiones estrechamente enlazadas... Como hombre juicioso que sois, amigo Gilberto, uníos á mí para pronunciar un brindis en favor de los harems y de los lazaretos!

—¡Amén!—exclamó el padre Alejo, que no escuchando más que con un oído, no sabía de qué se trataba; pero que á la palabra brindis se había estremecido, porque era cosa que jamás rehusaba.

Aquella exclamación atrajo sobre él la atención del conde.

—El padre Alejo es de mi opinión—dijo á Gilberto—y tiene sus razones para ello. Pedidle que os cuente la historia de sus amores.

—Temo que el relato no interese á este excelente joven—objetó timidamente el padre.

—¡Usad otro lenguaje!—contestó el conde con severidad.—M. Gilberto Savile no es un excelente joven, es un sabio muy distinguido cuyo carácter y conocimientos estimo infinito, y deseo que sea respetado aquí como otro yo.

—Mi posición se define; heme ya convertido en favorito del tirano!—pensó Gilberto.

Vió cruzar por los labios del inmóvil Esteban una sonrisa desdeñosa y casi imperceptible, que significaba: «¡Lo había adivinado!»

—Vamos, padre—repuso el conde—no os hagáis el interesante; recitadnos vuestra historieja ó de lo contrario me encargo de hacerlo á mi manera.

El buen padre se apresuró á cumplir los deseos del conde. Preferimos siempre azotarnos nosotros mismos á que nos azoten otros. Empezó su relato con voz temblona, y mientras hablaba, miraba melancólicamente de reojo algunos platos á los que no había dado todavía más que el primer asalto. No reproduciremos fielmente la narración que hizo de sus desventuras conyugales. Baste decir, que había tenido la desgracia de enlazarse con una mujer del gran mundo, muy orgullosa, muy coqueta, de quien fué más bien esclavo que marido. El padre Alejo contó sus largas tribulaciones con una candidez que sublevó á Gilberto. Sentía ojeriza contra M. Leminof, por haber obligado á aquel santo varón á descubrir así, á un extraño, los secretos de su vida íntima; pero el padre Alejo no creía, bajo ningún concepto, haber comprometido su dignidad: no le daba el naípe por la metafísica, y no entendía nada de abstracciones; únicamente le desagradaba que le hablasen de su mujer, ó que le obligasen á hablar de ella, porque esto le traía á

la memoria los recuerdos más dolorosos de su vida. Terminó su historia con edificantes reflexiones, y se preparaba á citar á San Basilio, cuando observó que M. Leminof se había dormido profundamente. Creyóse dispensado de acabar su homilia, y no se ocupó más que en vaciar los platos de higos y alfónsigos, que no había cesado de devorar con la vista.

Profundo silencio reinó en la espaciosa estancia, interrumpido únicamente por el cadencioso ruido que producían las mandíbulas del buen padre. Esteban permanecía con los codos apoyados en la mesa; su postura en que se veía impresa soñadora melancolía, la cabeza inclinada y apoyada en la palma de la mano derecha, la túnica sin cuello que dejaba descubierta una garganta de irreprochable blancura, los largos y sedosos cabellos cayendo blandamente sobre sus espaldas, los contornos puros y delicados de su hermoso rostro, la boca, cuyos ángulos se arqueaban levemente, todo recordaba en él el retrato de Rafael pintado por el mismo; todo, menos la expresión, que era muy diferente. Las miradas de un Sanzio son alados mensajeros que anuncian con mudo lenguaje las felicidades contemplativas de un gran corazón inspirado, y publican sus desposorios con la eternal belleza del universo; las miradas de Esteban, cuando la pasión no las animaba, expresaban de vez en cuando una curiosidad fría y desdeñosa ó la desconfianza de un alma que procura hacerse invisible y se oculta á los rayos de la luz. En aquel momento contemplaba las pinturas apocalípticas de la bóveda; se hubiera dicho que encontraba en ellas la expresión simbólica de sus pensamientos; sus ojos acabaron por fijarse en una cabeza de dragón, muy deteriorada por la acción del tiempo y que por lo mismo era más repugnante; al parecer interrogaba á aquel monstruo sobre su destino. Su inmovilidad, casi estatuaría, y la fijeza de su mirada, hicieron estremecer al pobre Gilberto: desvió sus ojos de aquella frente juvenil, coronada de mis-

teriosa tristeza, y los dirigió hacia el sacerdote, pero el aire de resignación beatífica del padre Alejo, le pareció tan melancólico como el sombrío tedio de Esteban. Tristeza profunda se apoderó de su corazón. No veía nada en derredor suyo que atrajera su simpatía, ni le invitara á expansionarse un poco. Á su izquierda la figura repulsiva de un tirano adormecido, á quien el sueño hacía más repugnante todavía; en frente de él, un joven misántropo perdido, por entonces, en los espacios imaginarios; á su derecha, un viejo epicúreo que se consolaba de todo comiendo higos, y encima de su cabeza, los dragones del Apocalipsis. Luego, aquel gran salón abovedado estaba frío, sepulcral; se respiraba en él un aire cavernoso; hendiduras y escondes se sumían en densas sombras, y las ensambladuras negras que tapizaban las paredes, tenían lúgubre aspecto. En el exterior se oían ruidos espantosos; soplaban el vendabal y lanzaba prolongados mugidos como un toro herido, á los cuales respondían el rechinar de las veletas y el fúnebre grito de los buhos.

De repente le ocurrió á Gilberto la idea de que el conde no estaba realmente dormido, y que aquel súbito adormecimiento era un ardid de guerra, planteado para dejar en libertad las encadenadas lenguas de sus comensales. Gilberto temió que Esteban, saliendo de su abstracción, creyese que podía dirigirle impunemente cualquiera frase atrevida, que el atento oído del dueño cogería al vuelo. Adoptó la resolución de fingirse dormido también, y recostándose en el respaldo de la silla, cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Esta situación se prolongó por algún tiempo; cansábase ya Gilberto de representar el papel de hombre dormido, cuando por fortuna el padre Alejo, que acababa de comerse el último higo, lanzó un suspiro prolongado. Éste fué un pretexto suficiente para que el conde despertara; se incorporó, pasó la mano por los ojos, llamó para que sirvieran el the, y en cuanto lo hubieron tomado, estrechó amigablemente la mano á Gil-

berto, y salió de la estancia, seguido por Esteban y el padre.

Cuando Gilberto hubo entrado en su aposento, abrió la ventana para oír mejor el majestuoso rugido del río. En el mismo instante, una voz llevada por el viento y que salía de la gran torre cuadrada, le gritó:

— ¡Señor gran visir, no olvidéis encenderle muchas velas al diablo; es el consejo que os da vuestro más fiel súbdito, en cambio de las profundas lecciones de sabiduría que habéis proporcionado hoy á su inexperiencia!

Así fué como Gilberto tuvo conocimiento de que Esteban era vecino suyo.

— Lo que me consuela — pensó — es que á menos de tener alas, le desafío á que llegue hasta aquí...

Y añadió, cerrando la ventana:

— Suceda lo que quiera, bien hice en escribir ayer á Mad. Lerins; hoy no me encuentro tan satisfecho.

